

Fé Christiana en Antioquía. Habiendo sido arrojado Tirannion al mar, y Zenobio, el qual á la ciencia de la Religion añadía la de la medicina, espiró en medio de los tormentos. En la Palestina, otro Silvano (1), Obispo de Gaza, acompañado de otros treinta y nueve, los degollaron en odio de la Fe de Jesu-Christo. La misma Provincia fue tambien honrada con el martirio de Peleo, y de Nilo (2), Presbíteros Egipcios, y de algunos otros del mismo país, que fueron quemados en Cesaréa. El Egipto tuvo tambien sus Mártires: á Pedro Obispo de Alexandría, personaje eminente en santidad, y doctrina: Fausto, Dio, y Ammonio, Presbíteros de la misma Iglesia: Fileas, Esquio, Pacumio, y Teodoro, que ocupaban diversas Sillas; y una casi innumerable multitud de otros fieles, digna de una eterna memoria, que derramaron su sangre en todas las Ciudades del Egipto, y de la Tebaida. Nosotros dexamos á los que han sido testigos de los combates, y de las victorias de tantos generosos Atletas, el cuidado de describirlos, y dexar de ellos una fiel pintura á la posteridad.

(1) El 6 de Febrero. (2) El 20 de Febrero.

## HISTORIA

## DE LOS MARTIRES DE LA PALESTINA.

*Escrita por Eusebio Obispo de Cesaréa.*

Desde el año de Jesu-Christo 303, hasta el año 310, en el imperio de Diocleciano, y de Maxímiano Herculeo.

**1** EL año 19 (1) del reynado de Diocleciano, en el mes Xántico, que los Romanos llaman Abril, y algunos dias antes de la fiesta de Pasqua, se publicó en toda la Palestina por orden de Flaviano, que era Gobernador, el mismo Edicto contra los Christianos, que se habia publicado en Nicomedia el mes precedente.

**2** En virtud de este, se arrestó á Procopio, que fue como las primicias de los Mártires de la Palestina. Llevósele en derecha al Gobernador, que le mandó dar culto á los Dioses; pero él le respondió, que no conocia mas que á uno, á el qual ofrecia sacrificios en la manera, y con las ceremonias que él mismo habia prescrito. Y quando se le instaba á dar incienso á los quatro Emperadores (2), replicó por un verso de Homero, haciendo alusion á este gran número de Señores que tenia entonces el Imperio: No es pro-

(1) El año de Jesu-Christo 303. (2) Diocleciano, Maxímiano, Constancio, y Galerio.

vechoso á los pueblos el tener tantos Señores; uno solo basta. Esta respuesta le costó la vida, que dió por Jesu-Christo el Miércoles ocho del mes Desio, ó segun el Calendario de los Romanos, el seis de Junio.

3 La muerte de Procopio fue como la señal de la guerra, que se declaró á los Obispos, y á todos los otros Ministros de los altares, á quienes se queria prender particularmente, y á quienes se atormentó de mil maneras. Empleáronse en ellos los azotes, las uñas de hierro, el fuego, las planchas ardiendo: dislocábaseles los huesos, quemábaseles los nervios, sacábaseles un ojo, y se les cortaba una pierna, y en este estado se les enviaba á trabajar á las minas.

4 Pero como los tiranos les envidiasen la corona del martirio, por la qual suspiraban estos Santos Confesores, solo hubo al principio dos que lo obtuvieron; á saber, Alfeo, y Zaqueo, los quales despues de haber experimentado todas las incomodidades de una áspera prision, cargados de cadenas, desgarrados á azotes, y medio desollados por la violencia de los peynes de hierro: despues de haber pasado veinte y quatro horas en aquella horrible máquina, ó cepo, en que las piernas estaban como destroncadas, y hacian sufrir á todo el cuerpo dolores inexplicables; pero perseverando en confesar por Dios á Jesu-Christo, Rey, y Señor del mundo; al fin les degollaron el dia 17 del mes Dio: esto es, segun el Calendario Romano, el dia 17 de Noviembre.

Lo

5 Lo que pasó en Antioquía el mismo dia en el martirio de Romano, merece que le hagamos lugar entre tantos ilustres sucesos como vamos á referir. Era Romano de Palestina, Diácono, y Exòrcista de la Iglesia de Cesarea (1). Condúxole la casualidad á esta Ciudad en el tiempo, en que en virtud del Edicto, se arruinaban las Iglesias de los Christianos. Alcanzó á ver por otra parte al pueblo correr en tropas á los templos de los Idolos, para ofrecerles sacrificios: hombres, mugeres, y niños, todos se apresuraban por dar señales de su sumision á las órdenes de los Emperadores. Este motivo excitó el zelo de nuestro Santo Diácono: levanta su voz, y se pone á reprehender á todo este pueblo impío. Echanle al punto la mano, y sin mas formalidad, es condenado al fuego. Brilló la alegría en su rostro: no aguarda que le conduzcan á la hoguera: él mismo corre, y vuela á ella. Atánle á un madero, rodéanle de una pila de haces de leña, y todo está ya dispuesto para quemarle vivo. Entretanto, dilatando los verdugos el pegar fuego, porque aguardaban las últimas órdenes de Galerio (2), que estaba presente á esta execucion, preguntó este generoso Diácono: ¿Pues dónde está el fuego? ¿De qué proviene esta tardanza? Ofendido el Emperador de esta pregun-

(1) En los primeros tiempos de la Iglesia, el corto número de Clérigos hacía que uno solo exerciese muchas veces dos, y algunas veces tres funciones diferentes. (2) Esto es, Cesar Galerio.

ta (1), que la tenia por atrevimiento, le hizo desatar para hacerle cortar la lengua. Sácala Romano de su boca, y la da á cortar á los verdugos. Pónenle despues en un calabozo, en donde sufrió mil incomodidades, inseparables de esta habitacion; y publicado despues un perdon general en el año veinte del reynado de Diocleciano á favor de todos los delinquentes, solo Romano fue exceptuado de él: y quando los ladrones, los homicidas, los incendiarios se ven libres de prisiones, y de castigos, entonces se cargan todos sobre este hombre, que no tiene otro delito que profesar la Religion verdadera. Exercitóse largo tiempo su paciencia entre duros tormentos; y á vista de su constancia se le quitó la vida al golpe de una tirana cuchilla. Así pasó el primer año de la persecucion, en la qual murieron Obispos, y Presbíteros en mayor número que otros de inferior carácter.

6 Al principio del segundo año (2), mandando Urbano en la Palestina, recibió cartas del Emperador, dirigidas á los Gobernadores de la Provincia; por las quales se mandaba á todos los vasallos del Imperio se diese veneracion á los Dioses. Los primeros Christianos que hicieron famosas en esta ocasion su fé, y su constancia, fueron Timoteo, Agapio, y una vírgen llamada Tecla, no menos ilustre por su valor, y su fidelidad, que aquella antigua, y memorable,

(1) Cesar asociado al Imperio. (2) El año de Jesu-Christo 304.

de quien tomó nombre tan célebre en las obras de los PP. Griegos, y Latinos, y que tuvo entre las mugeres la misma excelencia que S. Esteban tuvo entre los hombres. Estos tres sufrieron el martirio en Gaza, Ciudad de Palestina: el primero fue quemado vivo á fuego lento; y los otros fueron expuestos á las fieras.

7 Poco tiempo despues hubo en Cesaréa una gran solemnidad, en que se vieron las carreras circulares de las carrozas, combates, y toda especie de espectáculos, que la antigua supersticion habia consagrado á las Deidades Paganas. Corrió la noticia de que despues del choque de los Gladiadores, se haría que los Christianos que habian sido condenados á muerte, formasen combate contra las fieras. Habiendo llegado esta noticia, verdadera, ó falsa, á oídos de seis jóvenes Christianos que se hallaban por entonces en Cesaréa, se fueron prontamente al anfiteatro, al punto que el Gobernador Urbano entraba en él para tomar su asiento. Y mostrándoles sus manos cargadas de cadenas (porque para denotarle que estaban prontos á sufrirlo todo por la fé, se habian hecho ellos mismos encadenar), le declararon que eran Christianos, y que en calidad de tales, pedian se les expusiese á las ferocidades del anfiteatro, de cuyas fieras no temian, ni el número, ni el furor; entregados estos verdaderos Católicos á combatir baxo los auxilios, y por la gloria de un tan poderoso Protector. Razon es, antes de pasar adelante, el dexar á la posteridad los

los nombres de estos seis ilustres sostenedores de nuestra fé. El primero era del antiguo Reyno del Ponto, reducido á Provincias por los Romanos: llamábase Timolao. El segundo era natural de Trípoli, en Fenicia, y se llamaba Dionisio. El tercero, que era Subdiácono de la Iglesia de Dióspolis, se llamaba Rómulo. El quarto, y el quinto eran Egipcios, llamados Pausis, y Alexandro. Y en fin, el sexto, y último era otro llamado Alexandro, de la Ciudad de Gaza. No sorprendió poco una resolución tan christiana al Gobernador, y á algunos del concurso, que pudieron oírlo; pero enfureció á Urbano tanto, que al punto los hizo poner en una obscura prisión encadenados como estaban. Algunos dias después, se prendieron otros dos llamados Agapio, y Dionisio: el primero habia padecido ya algunos trabajos por la fé; y el último fue preso porque llevaba algunas asistencias á los Mártires. Todos ocho fueron degollados en un mismo dia, que fue el veinte y quatro del mes Dister, ó el veinte y quatro de Marzo.

8 Por entonces fue quando de los quatro Emperadores que gobernaban el mundo, los dos primeros (1) dexaron la púrpura, y se reduxeron á una vida privada. Este retiro causó grandes turbaciones en el Imperio, que dividido miserablemente por una guerra civil, é intestina, se vió á pique de ser arruinado, y expuesto á ser trastornado.

(1) Diocleciano, y Maxímiano.

do por las mismas manos que debian sostenerle. En fin, no cesaron estas divisiones entre los Césares hasta que consiguió su tranquilidad la Iglesia. Porque así como el rayo de sol viene á hehir una nube espesa, que manda la esfera entre lobregueces, y horrores, parece transforma este melancólico aspecto á la tierra en una brillante alegría; así tambien esta paz, que se mostró después de los estragos que habia causado la guerra entre los Romanos, hizo á la República volver á tomar su primer esplendor: esta tranquilidad desterró de ella las inquietudes, y disensiones; y agitado el Imperio con tan furiosas revoluciones, volvió á buscar el centro de su antigua tranquilidad. Pero hablaremos de estos sucesos adonde le corresponde mas por extenso, siguiendo el hilo de nuestra historia.

9 Habiendo subido al trono del Imperio Maxímiano Cesar (1), turbó bien presto aquella paz que habia tenido la Iglesia. Se creía en este tiempo, que semejante Príncipe buscaba al verdadero Dios; pero se encarnizó tanto en perseguir á los Fieles, con una crueldad tan no experimentada, y un furor tan carnívero, que los Emperadores que le habian precedido, parecian respecto de él llenos de moderacion, y de dulzura. Esto llenó de pasmo al principio á los Fieles: hállase todo en la turbacion, y en el temor: espárcese el rebaño: huyen las ovejas por todas partes; y van

Tom. II.

F

bus-

(1) Galerio. El año de Jesu-Christo 305.

buscando algun retiro que las ponga al abrigo de esta tempestad. Hubo algunos á la verdad, en quienes el miedo no hizo efecto alguno. El inocente Afiano fue de este número: apenas tenia veinte y dos años, y con todo eso en una tan corta edad, que no se proporciona por lo comun para las grandes virtudes, dió señales de una fé fuerte, y vigorosa, y de una piedad tierna, y afectuosa para con Dios. Era de una casa rica, y opulenta: sus padres le enviaron á Berite (1) para aprender allí las bellas Letras, y demas humanidades. Estuvo en ella largo tiempo; pero se portó con tanta prudencia, y circunspeccion, que despreciando aquellas vanas diversiones, y aquellos peligrosos placeres, en que se precipita inconsideradamente una ciega juventud, jamás se dexó corromper por los malos exemplos de sus discípulos, ni vencer por los deseos impetuosos de la carne, ni seducir por los alhagüeños atractivos del deleite: sino conservó siempre baxo un exterior modesto, un cuerpo casto, baxo de unas costumbres puras, un corazon sumiso á la razon, y á las reglas del Evangelio. Será bien facil saber de dónde era originario este admirable joven; y no es justo quitar á el lugar de su nacimiento la gloria de haber sido su patria. Fue la Ciudad de Pagas, una de las mas considerables de Licia (2), la que tuvo este honor.

Ha-  
 (1) Célebre por su Escuela de Derecho. (2) O Arpagas, ó Arapagas, ó Aragas: nombres todos desconocidos de los Sabios. Puede ser que sea Araxás, que era una Ciudad Episcopal de Licia.

Habiendo vuelto á ella Afiano, despues de haberse consumado en las ciencias, y en la virtud, no pudo resolverse á vivir en casa de su padre, aunque era uno de los primeros de la Ciudad, ni con alguno de sus parientes; porque no querian dexar los locos errores del paganismo, por seguir las santas máximas de nuestra Religion. Obedeciendo al espíritu de Dios, que le movía á abrazar una vida perfecta, segun los preceptos de la verdadera Filosofia, esto es, de la sabiduría Christiana, abandonó la casa de su padre, despreciando la gloria del siglo, y renunciando las envenenadas delicias que el mundo, y su nacimiento le ofrecian. En fin, el mismo espíritu le conduxo á Cesaréa para recibir allí la corona del martirio. Vivió algun tiempo con nosotros, durante el qual, fortificando su cuerpo cada dia por una abstinencia muy austera, y disponiéndole á sufrir por diversos ejercicios de una rigurosa penitencia, y aplicándose ademas de esto con una maravillosa continuacion á la lectura de los santos libros; acabó felizmente su carrera dando gloriosas señales de una constancia inalterable, de una fidelidad á toda prueba, de una libertad del todo christiana, y especialmente de una santa animosidad, y de un zelo verdaderamente heroico.

10 Habiéndose vuelto á encender la guerra contra los Christianos el tercer año de la persecucion de Diocleciano, por los sangrientos Edictos que Maximiano hizo publicar en todas las

Provincias, en que se les mandaba á todos los Gobernadores, Procónsules, Presidentes, y otros Magistrados, obligar á todos los habitantes de las Ciudades, Villas, y Lugares, y generalmente á todos los vasallos del Imperio Romano, á venerar públicamente á los falsos Dioses; el Gobernador de la Palestina fue de los primeros, y de los mas ardientes en hacer executar estos Edictos por toda la extension de su gobierno. Cesarea, pues, fue en un instante llena de pregoneiros, que los iban publicando de plaza en plaza, y de calle en calle, haciéndolos saber particularmente á las cabezas de familia. Por otra parte se veían Oficiales de guerra hacer oficios de Sargentos, y de Alguaciles, y teniendo la lista del vecindario en la mano, citarlos á comparecer incesantemente, y en persona á los templos de los Idolos, para ofrecer en ellos sacrificios. En esta general consternacion, impelido Afiano de un movimiento repentino, que no podia venir sino de lo alto, sin haber comunicado su desig- nio á nadie, ni aun á nosotros mismos, que vivíamos juntos en un mismo aposento, entra osadamente en uno de los templos de la Ciudad, en donde hacia sus sacrificios el Proconsul Urbano: métese por entre sus guardias, acércase á él, tómale la mano con que hacia las libaciones, detiénela al punto, y de este modo interrumpe el sacrificio. Despues, tomando un ayre magestuoso, que al principio asustó al Proconsul, le dixo con un tono grave, que no habia menos locura que

impiedad en dar á los Idolos mudos, é insensibles un culto que solo á Dios era debido.

II Habiendo vuelto en sí Urbano un momento despues de su sorpresa, hizo señal á sus guardias para prender á este intrépido joven. Echáronse sobre él con un ímpetu de bestias feroces, diéronle cien golpes con el cabo de sus partesanas, ó alabardas, y le ponen todo cubierto de sangre, y heridas en una terrible prision, en donde habiendo pasado en los cepos un dia, y una noche, al dia siguiente compareció ante el Proconsul, que instándole á dar adoraciones á los Dioses, no pudo jamás hacerle consentir en ello, ni vencer su invencible firmeza, aunque para esto emplease las uñas de hierro, y las plomadas, que pusieron al Martir en un estado tan lastimoso, que no se reconocía en él ya la mas leve configuracion de forma humana: tanto le habian desfigurado estos horribles instrumentos, habiéndole pasado toda la carne las uñas de hierro en largos sulcos; y las plomadas con sus repetidos golpes, y con una infinidad de contusiones le habian hecho hinchar la cabeza, de suerte que parecía un monstruo. No obstante, como viese el Gobernador que no se rendía, á pesar de los excesivos dolores que sentía, le hizo envolver los pies en un lienzo mojado en aceyte, en donde le puso fuego. ¿Quién puede explicar lo que este terrible tormento hacia padecer al Santo joven? Pero á lo menos se puede conjeturar por lo que voy á decir: Veíanse destilar sus pies gota á gota,

Tom. II. F 3 y

y el ardor del fuego los hacia derretirse como cera. El Tirano, vencido por esta prodigiosa constancia, le hizo volver á la prision, de donde habiéndole vuelto á sacar tres dias despues, y hallándole siempre tan inalterable, é inflexible, mandó que se le arrojase al mar, aunque ya no tuviese mas que un soplo de vida.

12 Sin duda que á la posteridad le parecerá increíble un suceso milagroso que se siguió inmediatamente á la muerte de Afiano; pero con todo eso yo no puedo dexar de referirlo. Todos los habitantes de Cesaréa, que fueron testigos de este prodigio, afianzarán mi verdad en los siglos venideros. Despues que el cuerpo del Martir fue arrojado al mar, se levantó de repente de su centro un ruido tan horrible, y formaron las olas un tan furioso choque, que en medio de este tempestuoso fracaso parecía oírse bramar el ayre, y sentirse que la tierra se estremecía. Dió vaivenes la Ciudad de Cesaréa desde sus cimientos. Entonces, entre aquellos relámpagos, aquel ruido, y aquellas terribles conmociones de los tres elementos, se vé arribar el cuerpo de Afiano: las apacibles olas formadas al rededor de él lo sostienen, lo llevan, y lo echan dulcemente hasta el pie de los muros de la Ciudad. Esto sucedió un Viernes, el segundo dia del mes Xántico, ó el tercero de Abril.

13 Casi al mismo tiempo, habiendo sido preso en Tiro otro joven llamado Ulpiano, y convencido del Christianismo, fue cosido en un saco

de cuero con un perro, y un aspid, y despues precipitado en la mar (1).

14 No se pasó mucho tiempo sin que Edesio, hermano de Afiano, recibiese una corona semejante á la que este acababa de alcanzar. Pero fue despues de haber confesado muchas veces á Jesu-Christo en los tormentos: vivido muchos años cargado de cadenas en los horrores de una obscura prision, y en las minas: pasado casi toda su vida con el manto de Filósofo; y en los continuos ejercicios de una Filosofia del todo christiana, y del todo santa. Habiendo venido á Alexandría, fue testigo del furor del Gobernador, á quien el odio que habia concebido contra los Christianos, le hacia caer en excesos indignos, no solamente de un Juez, sino tambien de un hombre de bien. Pues se le veía á este furioso unas veces hacer mil ultrages, y mil afrentas sangrientas á unos hombres de una gravedad, y de una virtud, que les atraían el respeto de todos los que no estaban como él cegados de la pasion: otras veces entregar unas mugeres de distincion á la brutalidad de los mas famosos perdidos de la ciudad, y abandonar las vírgenes conagradas á Dios, á la avaricia de aquellos hombres infames, que ponen en precio la hermosura, la juventud, y el pudor, y que hacen un vergonzoso tráfico de la deshonestidad pública.

F 4

Vió

(1) La Jurisprudencia de los Tiranos castigaba con un mismo suplicio á los Christianos, y á los parricidas.

Vió Edesio todo esto; y teniendo horror á ello, reprehende con valor al Prococsul su extravagancia, y su furor. Dexáronse ver luego en el rostro de este Juez el sonrojo, y la cólera; pero pudiendo mas ésta, le hizo al punto pronunciar una sentencia de muerte contra aquel que acababa de llenarle de confusion.

15 El quarto año (1) de la persecucion, un Viernes, veinte del mes Dio, esto es, segun el estilo de los Romanos, el veinte de Noviembre, se quitó la vida en la misma Ciudad de Cesaréa á un Martir, cuya muerte tiene circunstancias bastantemente notables para merecer la atencion de los lectores. Hallándose el tirano Maximino en Cesaréa, quiso gratificar al pueblo con una fiesta soberbia, y digna del que la daba. Para este efecto, tuvieron orden los diputados de los juegos que extendiesen todo su cuidado para hacerla completa. Viéronse combates de todas especies de animales, que habian traído á mucha costa de las Indias, y del Africa. Muchas tropas de excelentes gladiadores mostraron en ellos todo lo mas admirable, y lo mas divertido que tiene su arte. Pero el espectáculo mas magnífico, el que dió mas gusto al pueblo, sin el qual todos los otros nada hubieran tenido de atractivo; en una palabra, el que de ordinario se reservaba para el Emperador quando honraba al anfiteatro con su presencia, fue la muerte de un Christiano, que se llamaba Agapio.

(1) El año de Jesu-Christo 306.

16 Este, pues, habiendo sido ya sacado por tres veces de la carcel, y llevado en público otras tantas veces, con malhechores condenados por sus delitos, siempre habia sido vuelto á enviar á ella; ya porque los Jueces se movian de compasion, ya porque esperasen que el tiempo, y las incomodidades de la prision podría hacerle mudar de parecer. En fin, fue llevado al anfiteatro, estando en él el Emperador: como si la Providencia lo hubiese reservado para cumplir aquella palabra de Jesu-Christo á sus Discípulos (1): Vosotros sereis llevados delante de los Reyes, y de los Príncipes de la tierra para confesar mi nombre en su presencia. Apareció, pues, atado con un reo, que se decia haber asesinado á su amo. Este homicida, habiendo sido expuesto á las bestias, obtuvo al punto el indulto del Emperador casi del mismo modo que Barrabás le recibió de Pilatos. Este acto de clemencia atraxo al Emperador, de todo el anfiteatro, aclamaciones, y aplausos: esforzándose á porfia los del concurso á ensalzarlo hasta lo sumo. Dar de este modo con tanta facilidad la vida á un facineroso todo cubierto de sangre de su amo, darle la libertad, colmarle de honores; esto, decian ellos, nada hay mas digno de un gran Príncipe: ninguna accion mereció jamás de suyo mayor aprobacion, mayores aplausos, ni mayores elogios. Pero Agapio habiendo

(1) Matth. 10.